

Nuevas reglas de juego

NO ES

SORPRENDENTE que Siria opte una por una respuesta diplomática al ataque de Israel, mientras se reserva el derecho de respuesta

ABDEL MONEM SAID - 03:16 horas - 20/10/2003

El ataque israelí contra Ain Saheb, al noroeste de la capital siria, en vísperas del trigésimo aniversario de la guerra de Octubre, ha sacudido uno de los frentes más tranquilos de Oriente Medio en los últimos 29 años –desde los acuerdos de retirada de

1974– y con ello las reglas rutinarias del juego político de la región. Durante casi cuatro décadas, el frente sirio-israelí se ha mantenido tranquilo a pesar de las considerables tensiones de la región. El frente del Golán permaneció en calma incluso cuando las fuerzas israelo-sirias se enfrentaron en el Líbano en 1982. Dos “intifadas” palestinas con sus correspondientes interacciones diplomáticas y políticas no han alterado esa realidad. De algún modo u otro, los dirigentes de Israel y Siria se pusieron de acuerdo para mantener su frente común al margen del menor error de cálculo. La prolongación de la ocupación israelí en el Golán durante ese período no pareció modificar el acuerdo tácito. Fue como si ambas partes hubieran definido las reglas del juego de tal modo que las contradicciones sirio-israelíes se resolvieran o mantuvieran sin resolver en otra parte, sobre todo, en Líbano.

Por lo tanto, no es ninguna sorpresa que Siria haya optado por una respuesta moderada que busca la condena diplomática, mientras se reserva vagamente el derecho de respuesta. Da la impresión de que Siria intenta restaurar la situación anterior al ataque israelí. Con todo, esa respuesta se ha visto atenuada por la negativa de EE.UU. a criticar el ataque y su amenaza de vetar una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU condenando la incursión aérea, reconociendo con ello el derecho “ilimitado” de Israel a defenderse, al tiempo que estudia en el Congreso una propuesta para ampliar las sanciones comerciales contra Damasco.

Alarmados por esta nueva escalada, han aparecido en diferentes foros mediáticos nacionales e internacionales funcionarios y personalidades del mundo árabe condenando el ataque israelí con los habituales monólogos de encendidas condenas, como si se tratara sólo de sumar puntos en el marcador moral y legal del conflicto. Las figuras políticas y de los medios de comunicación israelíes, por el contrario, han repetido serenamente su calculada retórica sobre el terrorismo, afirmando que el objetivo sirio era un campo de entrenamiento de grupos militantes palestinos, bombardeado como represalia por el atentado suicida de Haifa que había matado a 19 personas el día anterior. Sin embargo, el rasgo distintivo de esta escalada israelí no es el ataque militar en sí, puesto que las incursiones de represalia han sido una práctica israelí recurrente, ni tampoco lo es la falta de

credibilidad de las afirmaciones israelíes acerca de la existencia de bases palestinas en territorio sirio, dado que tanto sirios como palestinos han confirmado que el campamento bombardeado se abandonó hace años. El rasgo es el drástico cambio que supone el ataque a las reglas que rigen el conflicto árabo-israelí y en sus repercusiones futuras.

Ante todo, el ataque israelí, que con toda probabilidad se ejecutó con aprobación tácita estadounidense, ha señalado que ya no es posible calificar los ataques contra objetivos civiles como actos legítimos de resistencia. Y, más allá de EE.UU. cuyo presidente mantiene de forma explícita que la responsabilidad de detener la espiral de violencia recae en el lado palestino y árabe, la mayoría de países que condenó el ataque israelí contra Siria en el Consejo de Seguridad también condenó el atentado suicida de la Yihad Islámica en Haifa.

Además el efecto del 11-S, que muchos árabes deben aún reconocer, es que Oriente Medio se considera más que nunca como un todo estratégico donde ningún bando es inmune en la guerra contra el terrorismo, por lo que la responsabilidad de controlar a los suicidas o el coste por emprender tales atentados recae sobre toda la región; y, dado que la represalia tiene que ejercerse contra estados, los principales candidatos son los calificados como promotores del terrorismo. En este contexto, Estados Unidos tiene menos interés en comportarse como un actor imparcial por diversas razones. En primer lugar, la disposición de Estados Unidos a ayudar a los árabes en la solución de su conflicto con Israel se ve debilitada por el hecho de que los países árabes no le han ofrecido "suficiente" apoyo para sus políticas en Iraq. En segundo lugar, la opinión pública árabe está perdiendo su efecto moderador sobre la política exterior estadounidense, puesto que esta última percibe a los árabes descontentos como el problema de sus caducos regímenes e incluso como futuros objetivos que golpear por constituir la reserva del terrorismo antiestadounidense.

Por último, quedan menos amigos en el lado árabe; los rusos, indios, chinos y otros que apoyaron los movimientos nacionales árabes en las décadas de 1950 y 1960, buscan ahora la salvación en el altar estadounidense e israelí, y todos han experimentado los estragos del islam militante y la violencia suicida. Por ello, los países árabes que antaño fueron parte de una oleada mundial de liberación nacional y no alineamiento son hoy un islote de sentimiento antiestadounidense en el nuevo orden global.

Así, el incidente sirio pone de manifiesto de forma meridiana las complejidades de la trampa árabe y, sobre todo, siria, donde la ofensiva israelí realizada con apoyo estadounidense acorrjala los regímenes árabes, tanto moderados como no moderados, y exige nuevas políticas y estrategias.

ABDEL MONEM SAID, director del Centro Al Ahram de Estudios Políticos y Estratégicos (Egipto)
Traducción: Juan Gabriel López Guix

LA VANGUARDIA, el diario más vendido en Catalunya Control OJD-WWW
Copyright La Vanguardia Ediciones S.L. y Iniciativas Digital Media S.L. All Rights
Reserved Aviso Legal